



José Homero

Fotografía: Rogelio Cuéllar

La circulación del deseo

en la ciudad de Efraín Huerta

SI LA PRESENCIA DE LA CIUDAD en la primera poesía de Huerta era sinecdótica, partes cuyo todo era mero decorado —jardines o alamedas, árboles o estatuas, no calles, sí caminos— necesario como espacio galante (“Tampoco es el amor esa linda promesa/ que todavía entre penas y oraciones/ ronda por los jardines y muere sollozando” apunta, el paso, en “La traición general” un poema publicado en enero de 1937), sin olvidar la proclividad alegórica del jardín a devenir emblema de lo natural, fértil territorio incrustado en el desierto de la urbe, pues su semántica connota el ocio, el descanso, el juego, en *Los hombres del alba* cada palabra se antoja ya inaudita en otro sitio que no sea el del paisaje urbano e imposible en un poeta que no habitara la realidad. El volumen, motivado por la fe en el “movimiento ascendente de la historia”, por la profecía del inminente amanecer de un nuevo tipo de humanidad —“los hombres del alba”— pero sellado con una concomitancia donde el desengaño es perceptible, habla de la ciudad desde una perspectiva muy distinta a la dominante en la ulterior poesía huertista. No se trata del sentimiento de impotencia o de un exilio interior que se complementa con la impresión de un mundo falto de valores y regido por la ignorancia, visible en “Avenida Juárez”, tampoco toca (aún) el tema *baudeleriano* de esa hierofanía que es la aparición de un espléndido cuerpo femenino en medio del sopor de la pútridas axilas de los pasajeros de un autobús Juárez-Loreto o de la muchedumbre de cláxones, de algunos de los (mejores) poemas eróticos huertianos de su etapa última. No. Tengo la impresión de que estas visiones últimas de la ciudad, la negativa y la revelación, corresponden a experiencias personales; quiero decir, la sensación de extravío del primer Huerta es común a la poesía moderna y especialmente a la que tiene a la ciudad como sitio —pienso en Jules Lagorgue y en Pierre Reverdy, en T. S. Eliot y en Gotfried Benn— sin olvidar su raigambre simbólico: ciudad/campo, historia/civilización como una bifurcación cuya disyuntiva propone la dualidad como estructura del universo traducida en una nostalgia del orden y la convicción de que no hay sitio a dó dirigirse, excepto a una naturaleza subvertida y arquetipo negativo.

Extravío en un espacio cuyas coordenadas no corresponden ya a la cartografía humanista o carencia en medio de los pétalos de una rama negra y húmeda que es al mismo tiempo ausencia de valores inmutables y encuentro con valores más temporales: el deseo. Tal errancia será literaria si aprendida en la lectura. En Huerta atestigua la experiencia de dos realidades: la paulatina americanización de las costumbres y la explosión demográfica. Aquélla trajo las tribus espigadas, las calenturientas magnolias del Missisipi; la otra, a las nínfulas barriobajeras. La separación es asunto de prosodia: las nínfulas son consecuencia de la americanización: Afrodita Morris, la gringuita marigüana rumbo a Puerto Ángel. Notamos entonces que esa deriva en torno a dos momentos centrales de la poesía moderna corresponde no a un testimonio aprendido en la lectura, sino en la experiencia callejera.

Habría que observar, apunto, que mientras en la primera poesía huertista la referencia a las mujeres estadounidenses era inseparable a la postura ideológica y la reprobación calvinista, en los poemas finales —aunque la asociación con el dinero o el capitalismo no desaparece— la ironía y la parodia minan ese contenido hasta convertirlo en un vehículo más de la irrisión; ese ácido que baña y derruye cualquier pretensión utópica en la final poesía huertista y, en cambio, lo convierte en nuestro contemporáneo:

El café me supo a cerveza agria porque, pensaba yo,
con dos o tres mil pesos cash, cashondamente,
con semejante preciosidad chulonamente amorosa
y originaria
de alguna paupérrima pero diabólica Sexoville,
Texas,
yo jalaría de inmediato hacia y hasta un Puerto
Ángel
que no conozco
que francamente no me interesa conocer
porque me duele las desnudez en las playas
(y en las camas)
y entonces ella
que se llama Alice, Mary, Betunia, Patricia,
Oropéndola,
me diría que no que siempre no que nunca no
que eternamente no

Because 'cause...
Al día siguiente, martes, frustrado hasta
la más febricitante náusea antiimperialista...

Sucede en cambio que la ciudad de *Los hombres del alba* huele más a humedad bibliotecal que a calle húmeda de fatigas. Hay demasiada abstracción en las miradas que Huerta dirige al mundo; sobre el compromiso y la espontaneidad huye por los tejados.

Este libro se ordena con base en un corte: nuestro presente y nuestro pasado son detestables porque albergan una gavilla de putas, putos, alcahuetes, matones y rateros, de poetas maricones y de vírgenes inútiles, de falsedad, vicio y crimen, como manifiestamente anota en “Declaración de odio”, donde la vileza de la ciudad diaria contrasta con la luminosidad de la ciudad tomada por los comunistas:

Ciudad negra o colérica o mansa o cruel,
o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.
Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven
los días rojos y azules
de cuando el pueblo se organiza en columnas,
los días y las noches de los militantes comunistas,
los días y las noches de las huelgas victoriosas,
los crudos días en que los desocupados adiestran
su rencor
agazapados en los jardines o en los quicios dolientes.

Como Baudelaire, quien preconizó a la canalla parisina como caídos ángeles subversivos, el jacobino Huerta entroniza a las criaturas de la noche, ángeles vengadores, en “Los hombres del alba”. Los “bandidos con la barba crecida”, los “asesinos cautelosos”, los maricas, los violadores, los locos y borrachos son calificados como:

Los hambres más abandonados,
más locos, más valientes:
los más puros.

El pasado y el presente son rechazados en atención al futuro, el inminente futuro de un mundo mejor. Profeta, Huerta anuncia el reino de los hombres en la tierra y como buen profeta su verosimilitud no se apoya en

argumentos sino en invectivas; la esperanza radical no sienta sus bases en premisas sino en acometidas contra el orden existente. Culto al progreso, reflejo del espíritu de la época, esta poesía se urde con base en oposiciones: lo falso y lo verdadero, la castidad y la virilidad (como sinónimo de fertilidad), la alegría y la tristeza... La ciudad en *Los hombres del alba* no escapa a la significancia del libro y más que ante testimonios de la experiencia urbana diaria contemplamos visiones que reifican el propósito político de Huerta.

Lo novedoso de la visión urbana de Huerta radica en que la urbe no resulta negativa sino únicamente en cuanto centro de una sociedad injusta. Es claro que con el socialismo, la ciudad, las relaciones de los hombres se transformarían. No es posible circunscribir justamente esta visión a una dirección, pues la “Declaración de amor” opone ciudad a naturaleza aunque invirtiendo los valores: la ciudad se inviste de características positivas mientras el campo es descrito en términos negativos. Pese a ello, “Esta región de ruina” incidirá en la tematización de la urbe como yermo territorio, cuyas ruinas son eco de los huecos de la ruindad espiritual de la sociedad imperante.

Entre la visión citadina y la última, signada por el celo erótico y no por la militancia y el celo político que corresponden con ese heterodoxo epitafio que es el poemínimo denominado “Pequeño Larousse”, ocurre “Avenida Juárez”. La ciudad no escapa aquí a un revestimiento simbólico. Sólo que ese clima de alienación, desconsuelo y negatividad que distingue a los días en una ciudad tomada por el Imperio, emblematicada por la Avenida Juárez, en ese momento símbolo de una modernidad con rostro estadounidense, ese marasmo, esa intuición de un clima ignaro donde nada se sabe, no es ajeno a la melancólica atmósfera de “Verano”, que reitera en su decurso esta fatalista ignorancia, mientras sus versos sugieren un dolor callado, una imprevista tristeza:

¿Qué soledad, qué muerte me destinan
la quietud, la sedante, cariñosa tristeza
donde nazco y perduto?

Nada sé, nada saben, nada sabe.
Nada se sabe al fin de tanto y misterioso
ir y venir de largas pesadumbres de hielo.

“El Tajín”, justamente encomiado como unos de los mejores poemas de Huerta, se enuncia asimismo decidiendo un clima de oscuridad y minusvalía, un aire funeral. Huerta, vio bien Rafael Solana, tiene acento de bíblico profeta, y los versos iniciales de “El Tajín” labran un escenario fúnebre, hondamente funesto.

Considerando cuán distinta resulta la poética huertista en las dos últimas décadas de su estética precedente, no sorprenderá que la ciudad devenga escenario del encuentro del poeta maduro, tímido pero lujurioso, lujurioso pero tímido, con nínfulas de todas las clases. En la etapa última de esta poesía es frecuente el tema del encuentro con una mujer de notable belleza, sea conforme a esa distinción hoy obsoleta de la belleza angelical, como ocurre cuando el poeta describe sus encuentros con una monja neoyorkina o con una adolescente rubia en el Metro, o con más sensuales sugerencias, como la turbación que la raterilla de “Juárez-Loreto” o las varias norteamericanas de *Circuito interior* producen en Huerta. El asunto se traduce en una suerte de inscripción que celebra la contemplación de la belleza, siempre inasible e inaccesible por motivos que van desde la falta de dinero hasta la timidez. Estas salvas son ejemplares en tanto combinan diversos registros, de la parodia alegórica de “Afrodita Morris” al gozoso *jam sesión* con alrededores de derivación tintanesca que es el “Manifiesto nalgaísta”. En su estética final Huerta consideró al poema una suerte de borrador o de cera donde se asientan diversos giros con titubeos, exabruptos, salidas de tono, albures, insultos, diminutivos, paronomasias, citas y otras parejas que adulteran bajo la alcahueta intertextualidad, que no sólo no entorpecen su poesía sino que la distinguen.

Acaso sea aventurado decirlo, pero los mejores poemas en esta línea de Huerta, como “Barbas para

desatar la lujuria” o el “Manifiesto nalgaísta”, prefiguran la dilección por la paronomasia, los trueques fónicos y los calembures de ciertas promociones poéticas en la lengua castellana; para el caso, los “trasplatinos” o “neobarrocos”. Huerta no sólo enjuicia la tradición sin dejar de incidir en una aguda práctica de la alusión y la intertextualidad y una velada y veleidosa pero no infiel relación con el acervo poético castellano desde Góngora hasta Renato Leduc, también criba el poema mediante el albur, la acotación de frases intrascendentes consideradas como si fueran sentencias —habría que reparar en que estos recursos los incorpora José Agustín a su narrativa con mejor fortuna en cuanto a difusión— los diminutivos e interjecciones que connotan tanto ternura como cursilería ebria y siempre suponen una procedencia indudablemente oral.

Es hora ya de anotar que existen poemas de ritmo oral y otros de ritmo escrito. El lugar preponderante que Huerta ocupa en nuestro panteón debe mucho a su tono oral, y sobre todo a una deliberada asunción de la figura del bardo arrabalero, cuya ebriedad le autoriza a pasar del insulto al cariño. No es extraño que sean continuas las resonancias de Bécquer o Neruda, singularmente de los versos que la crítica resume cursis. Pocos poetas en nuestra lengua, con la excepción del espléndido Gonzalo Rojas, poseen poemas cuya fuerza estribe en la dicción. Y no me refiero a esos panfletos que se leen con voz irreprimida por la cólera y el impositado tono denunciatorio, aunque en las “declaraciones” encuentre esa salmodia de antiguo testamento que nos emociona en “Aullido” de Ginsberg.

El desencanto en la utopía se tradujo en un abandono de la poesía como fiesta y orgía en las sílabas. Sobre todo, como ilación de sonidos. En el odio, el oído como episodio de fortuna. El calculado mal gusto de Huerta cristaliza en poemas tan groseros como inéditos. Esa es su mejor herencia, que en modo alguno lo aleja de Luis de Góngora, Quevedo o Garcilaso, y en cuya familia habría que resituar a este poeta de los gallos, de las precisas disonancias. ■■